

MACHADO, POETA ENTERO EN EL RECUERDO

Lo que nos sirve de Machado

Antonio Machado es un poeta «nuestro». Quiero decir que cuando nos acercamos a su obra o incluso a su significación humana, no le contemplamos desde supuestos culturales con la intención de descifrar su mundo y su circunstancia. Machado es una manera de entender España y de entender la poesía. Con una y con otra podemos fácilmente identificarnos. Se destaca de entre la media docena de nuestros poetas decisivos y su vigencia política y doctrinal le incorpora señeramente a nuestra momentaneidad. Sin embargo es embarazoso y difícil, creo yo, hablar de Machado para decir algo nuevo que justifique la osadía de acercarse a un árbol de tan frondosa atención bibliográfica. Son varias las maneras de situarse ante los poetas para intentar su intelección. Casi me atrevería a resumir las posibles posturas receptoras en una dicotomía ciertamente tendenciosa, aunque representativa, de nuestra propia idiosincrasia. Partiendo del hecho insólito de la comunicatividad —según la teoría aleixandrina— el poeta nos sirve como elemento de traslación hacia mundos de intelectualización que tienden a romper con la estructura real y fenomenológica. Y así aceptamos el surrealismo en orden a las tendencias más esotéricas. O bien admitimos la otra gran vertiente de esa dualidad que consiste en el valor humano del individuo y de su credo racional. Si en la primera de las vertientes se insertan Perse, Aragón o Rimbaud, en esta última el nombre de Antonio Machado nos sirve como anillo al dedo para determinar el maridaje del poeta con la verdad desnuda que, en el fondo, es la que definitivamente satura nuestra sensibilidad. Eso es lo que nos sirve de Machado. Eso y no otra cosa es lo que le hace estar vigente en nuestra razón, vivo y entero como poeta y como hombre en nuestro recuerdo. Este es, asimismo, el motivo de que hayamos titulado nuestro trabajo de la forma que lo hemos hecho. Hay una extraver-

sión de la sensibilidad hacia la deshumanización del lenguaje a través de esos alambiques que licuan el aire potenciador de la inspiración por medio de la metáfora, la imagen o la quebración del sentido lógico. Ni Antonio Machado es metafórico ni tampoco amigo de rizar el rizo de la originalidad con el riesgo de incurrir en la temida pedantería. Cuántas cautelas asediaban la intimidad mental de don Antonio cada vez que llegaban a su conocimiento las nuevas osadías de «los pedantones al paño». Sus personajes apócrifos son enmascaramientos útiles para dar pábulo a sus cogitaciones que apenas logran disimular la continencia granítica de su andadura humana.

Antonio Machado no era hombre que pudiese disimular aunque tratase una y otra vez de concertar un sincretismo clandestino con Juan de Mairena o con Abel Martín. A veces se contradecía porque, en el fondo, lo que sucede es que quien alardea de llaneza está incurriendo sin darse cuenta en una cierta complicidad de mundos retóricos. En boca apócrifa, para definir lo que pasa en la calle, Machado utiliza la conocida definición cultista: «los eventos consuetudinarios que acaecen en la rúa». Existe un Antonio Machado socarrón y casi mordaz que, condenando esa retórica, es retórico a la vez, aunque los caminos que intenta sean muy otros. El nos dirá en su retrato: «ya conocéis mi torpe aliño indumentario», optando por la paradoja, porque lo cierto es que no hay aliño torpe, sino desaliño.

Nos sirve de Antonio Machado, ante todo, su inquietud intelectual; sus mundos de despersonalización y la gravedad sustancial de sus conceptos. Nos sirven, más que su propia poesía, con ser ésta tan alquitarada, por lo que tiene Machado desde su conducta y desde su palabra de cierta e irrefutable deserción de la línea noventayochista. Machado no coincide en ningún aspecto con el decadentismo europeo en el que incurre su hermano Manuel; ni con el derrotismo creacionista del noventa y ocho. El suyo es un mensaje mucho más abierto a la verdad, mucho más fácil de contrastar. El poeta cree que ha llegado tarde a la corriente en que militan sus compañeros de generación —así lo confiesa él mismo—, y lo que ocurre es que ha llegado, de una vez y para siempre, a instalarse en los designios de la inmortalidad.

En mis últimas lecturas sobre Machado, a siete años vista de la biografía que de mi viejo maestro publiqué, observo ahora en el libro de José María Valverde su propósito de combatir el tópico y de desmitificar la figura del poeta sin dejar por ello de reconocer su gran entereza. En el reciente libro de Leopoldo Luis se constata la coherencia de la turbadora personalidad del autor de *Campos de Castilla*. No hay que olvidar que Machado es quizá la figura más

enteriza de nuestra panorámica literaria actual. Tuñón de Lara recuerda la consabida ecuación costiana: «escuela + despensa = renovación del país». Para un *republicano platónico* las aspiraciones de justicia y redención de una España hosca, maltrecha y dividida tenía que asentarse sobre cosas muy sencillas, expresadas y resueltas a nivel primario, a nivel de escuela, de despensa y de intención. Qué lejos estaba don Antonio de las estructuras tecnocráticas y de esos logogrifos dialécticos que la economía teórica —hoy tan en boga— vomita para cubrir con un telón de fondo los sucios arrabales de todo lo que se ha quedado sin hacer, sin escolarizar, sin superar.

Y no dejaré de citar el último e importante eslabón bibliográfico sobre Antonio Machado que ha llegado a mis manos: el libro de Joaquín Gómez Burón, documento objetivo, fiel y riguroso.

GENIO, PROYECCION, DIMENSIONALIDAD

Para conocer la densidad intelectual de Machado parece necesario escrutar el ámbito de sus admiraciones. Su Unamuno leído y paladeado desde Baeza, su Jorjue Manrique recordado inevitablemente bajo el influjo de sus solitarias depresiones, recitado en alto con voz cadente y enfática con cierta propensión al latiguillo y con añoranza de ese polvo de tablado que llegó a respirar como partiquino vestido de soldado asirio. Sus cursos de Bergson entendiendo el espacio y el tiempo en su hambrienta medida receptiva porque estos dos factores preocuparon al poeta hasta el punto de consistir en su propia fórmula vital. Fuera de la obligación cotidiana, del horario profesoral y de las servidumbres biológicas irrenunciables, Antonio Machado es un caminante que se rige por el sol y que ya ha conseguido, a fuerza de andar, el sueño dorado de Azorín: disponer de unos zapatos viejos y ahormados de esos que ya no hacen daño. Machado siempre ha tenido tiempo de ver, admirar, consentir y morir resignadamente. Y desde esa magnitud temporal que tanto ha determinado su modo de hacer, ha ido acomodando su visión y entendiendo la palabra como algo que necesita crecer rompiendo dos gravísimas intensidades: el tiempo en el que aflora y el espacio en el que se proyecta. Bergson, que había sido capaz de definir la expresión literaria y poética después de haber estudiado a los simbolistas como ímpetus vitales que determinan la razón, aprendió que el espacio y el tiempo eran la verdadera heredad de su poesía. Antonio Machado no hizo más que abrir la puerta de su corazón para dejar en libertad el ave inquieta de su esperanza. En

Antonio Machado todo es esperanza al tiempo que renuncia resignada y heroica. Habla al dictado con el corazón en punto muerto para hacer más fácil la arrancada definitiva. Todo es sencillo en su vida. Respeta los mundos de sus prójimos aunque no los comparta, aunque no los comprenda. Ni él mismo se comprende muchas veces. «Comprender» es abarcar y a veces los brazos vacilan y estar contra los demás nos parece que es desertar de nosotros mismos. Antonio Machado no tuvo ocasión de claudicar viéndose manejado de un modo triunfalista con cometidos de mayor o menor responsabilidad. Nunca llegó a exceder esa noble categoría de poeta modesto satisfecho hasta cierto punto de su apartamiento y de su ruralía y conformándose con ser espectador de su entorno. A este respecto, a los veinte años de su muerte, Guillermo de Torre publicaba en «Cuadernos»: «No conoció los altibajos, y menos los eclipses, que experimentaron sus compañeros de generación. Su misma lejanía provinciana, la exigüidad material de su obra contribuyeron paradójicamente a mantener su vigencia indeclinable». No sé si Guillermo de Torre fue justo en esta apreciación. La lejanía provinciana es discutible. Sus gentes del noventa y ocho conviven con él, cuentan con su nombre. Segovia está cerca de la capital. Es fácil coger el vagón de tercera y desafiar el gesto hostil de las Euménides (como él llamaba a las harpías que invadían los asientos) para aparecer en Madrid, en un Madrid tranquilo y peripatético que estaba como quien dice a un tiro de piedra. Pero el agudo crítico repara en la escasez de su obra y, en cierto modo, no le falta razón para sospechar que su parquedad sirva para sostener su inexorable vigencia. A García Lorca, que ahora es noticia editorial, se le achaca que su prestigio está sostenido por las circunstancias alevosas de su muerte trágica. En cierto modo igual sucede con Miguel Hernández y, si se me apura, con el propio Machado. Pero si detrás de estas circunstancias no existiese la realidad de unos incontestables poetas, la aseveración resulta un tanto demagógica y las mitificaciones de estos poetas son de una licitud y una lógica que no admiten rechazo.

En mi libro sobre Antonio Machado publiqué una entradilla que me gustaría recordar aquí: «El tiempo consagra a los poetas por muy distintos motivos. Si Machado, además de poeta, no hubiese sido un hombre rotundamente puro y humano, hoy no sería un símbolo; si la sangre de Lorca no hubiese empapado las tierras de Víznar, el poeta de Granada no sería un mito. He puesto dos ejemplos andaluces: la permanencia clásica y el duende».

Hemos de convenir que existe una cierta injusticia en la certidumbre del testimonio que constituye el legado histórico de los que van a sucedernos e incluso de ese momento actual en que sobrevive la memoria de aquellos poetas que por sus tangencias con la raíz popular o por las circunstancias adversas en que su vida se desarrolló, sus nombres quedan aureolados por algo que la sola realidad no hubiera conseguido aportarles pero que el juicio histórico retribuye con creces. Machado, académico electo, no llegó a tener recipiendario. Pero su muerte fue tan clara —él que tanto había buscado a Dios inútilmente— que cabe pensar que en algún otro lugar se le haya recibido con todos los honores. Los poetas metafísicos tienen menos adeptos. Nadie les lleva o les pasea por las esquinas porque lo mismo Saint-John Perse que Homero no se conformarían nunca con ser catedráticos de francés en una capital de provincia. Jean Cassou recuerda al poeta en los últimos días de su existencia en Collioure cuando, en su manía ascensional y rampante hacia las cimas de la que también participaba el maestro Menéndez Pidal, se colocaba sobre las rocas más altas para exclamar: «esto es Grecia». Era ése su último salto, su último esfuerzo por coronar la cima más prominente. Estaba entonces a dos dedos de la muerte, quiero decir de la inmortalidad.

DESPUES DE CIEN AÑOS

Hay que reconocer que el nombre de Antonio Machado puede servir para una cita brillante a la hora de hablar de España, tanto constructiva como demagógicamente, porque Machado, como Unamuno, Lorca o Góngora, son indudables constancias que todo el mundo tiene de algo importante aunque no llegue a saber del todo en qué consisten. Pero lo cierto es que el refranero con sus apotegmas y su cruel desconfianza es el que suele acertar y acierta sobre todo cuando dice que «al cabo de cien años, todos calvos». Calvo el recuerdo y calva la sinceridad. Las comisiones de los centenarios se organizan para llevar a cabo una labor que, de una manera u otra, se frustra y todo viene a quedar en agua de borrajas. Hemos leído algunas colaboraciones en la prensa volandera de su biógrafo Tuñón de Lara, de Julio Rodríguez Puértolas y de José Antonio Gabriel y Galán; el primero de ellos cala en su circunstancia temporal como buen biógrafo que es del poeta de «Las soledades»; el segundo ausculta el drama de España con objetiva corrección, y el tercero pone el dedo en la llaga cuando se formula la pregunta de

si es posible rescatar al poeta Antonio Machado de alguna manera, al cabo de treinta y seis años. María Dolores de Asís, en un diario madrileño, ha tratado de comunicarnos las voces de Antonio Machado arrancando de su intimidad y terminando en su tragedia. Juan Rejano nos ha ofrecido un delicioso artículo anecdótico, vivaz y emocionado. Hemos seguido con él sus últimos momentos, los más difíciles, los más determinadores de su recia estirpe totalizadora de hidalgo que subsume todo su saber y toda su andadura aceptando la muerte sin un gesto. Aurora de Albornoz, siempre machadiana desde su tesis doctoral hasta las sucesivas publicaciones que la han convertido en erudita, aunque guapa, publicó una espléndida cronología estableciendo, además, unas calas decisivas a través de las cuales el esquema machadiano resulta nítido y aleccionador. La revista «Razón y Fe» nos ha ofrecido una visión, por Rosendo Roig, de Antonio Machado, con el subtítulo de «El español integral en cuatro tiempos». Dice Rosendo Roig algo que me ha llamado profundamente la atención: «*Campos de Castilla* es la versión de Antonio Machado de la España Negra. Es un aguafuerte solanesco. Conecta con Goya, con Quevedo, con Velázquez, con Gracián. Es la España eterna. Es España. La España que Machado quería ayudar a renacer, para la que esperaba una renovación. Machado describió la España Negra desde Soria. Desde Madrid, su Universidad, la República de las Letras, el mundo de la política, la esfera clerical, también habría descrito dolidamente otros *Campos de España* muy similares a los de Castilla». Esto que dice Roig resulta inquietador en muchos aspectos, porque coloca a Machado como un ángulo vectorial de la coyuntura histórica entre las referencias más definidoras de nuestra idiosincrasia. Efectivamente, Machado es el hombre más sustancial y más sincero de la generación del noventa y ocho, porque ni siquiera se adscribe a su programa estético ni acepta enteramente las teorías especulativas denunciadoras de la trágica solución de continuidad que representó la pérdida de las Colonias. Es cierta, certísima, la afirmación de que Goya está presente en el aguafuerte condenatorio de los «Campos de Castilla», en esa admonición a todos aquellos que «desprecian cuanto ignoran».

Por fas o por nefas no ha sido pródigo este centenario en ejercicios ínclitos de voluntad, sino más bien, en expedientes de trámite. Y Machado no hubiera aceptado nunca la rutina burocrática porque él era tan simple y tan «corto» que no cobraba las permanencias «por no chinchorrar». El caso es que ha pasado un siglo desde su nacimiento y la razón dialéctica se ha quedado calva. Y nada más calvo que la parva memoria de los españoles.

EL CASO DE LOS DELFINES

Juan de Mairena nos lo cuenta: «Y fue que unos delfines equivocando su camino y a favor de la marea, se habían adentrado en el Guadalquivir». Así fue como Ana Ruiz conoció a Antonio Machado Alvarez, hijo de Antonio Machado Núñez que había sido gobernador de Sevilla en el gobierno provisional de Prim y después Rector de la Universidad Hispalense. Ana Ruiz había conocido al célebre folklorista y naturalista de codos en el pretil contemplando las gracias de los delfines en el agua dulce. Esta circunstancia dio lugar a que Antonio y Manuel nacieran más tarde en el palacio de las Dueñas, de Sevilla.

LOS DIAS DE PARIS

París tiene la culpa del decadentismo de Manuel, al que contribuyen la brillantez de Oscar Wilde, Rubén Darío y Gómez Carrillo, pero París también será el lugar de aquella escena noble en que Antonio «saca la cara por Baroja» cuando alguien, dejándose llevar de la humildad de su aspecto y de su mirada perdida en el vacío —nos lo recuerda muy bien Pérez Ferrero recogiendo de las memorias del novelista —se atreve a calificarle como *voyou de la banlieue* (randa de las afueras). En Baroja había visto precisamente el poeta el rostro más humano de los allí congregados.

VOLVER A PARIS

Volver a París con Machado en el corazón es correr el peligro de que confundamos el Duero con el Sena sin saber a ciencia cierta dónde está la calle de la Cárcel o el hotel modesto de la rue Perrotet esquina a Saints Pères. La enfermedad de Leonor, aquel trágico 14 de julio, cuando todo el mundo era feliz y ella se moría a chorros, nos coloca ante un Rubén joven y arrogante y una Francisca Sánchez con plenas facultades de belleza. Antonio Machado necesita dinero para volver a Soria. Leonor necesita su tierra para morir. En el bolsillo del rameado chaíeco de Rubén tintinean las monedas de la vanidad. Machado se humilla. Leonor muere en Soria. Esta trágica intimidad del poeta la comprenderá perfectamente Juan Ramón Jiménez con la lectura de una hermosa carta de Antonio Machado que todos recordamos.

BAEZA EN LA DISTANCIA

Machado va a dar con sus huesos en ese «poblachón» —así lo llamaba Unamuno— vigilado por un ejército de olivos en donde puede recordarse a Jorge Manrique y al «tuno de Bergson». Machado sigue paseando al borde de las carreteras. De vez en cuando le salen al paso sus alumnos, a los que conoce por sus nombres:

—Salido, Laínez, Quijano...

Machado nunca suspende. Sus «junios» son alegres aunque calurosos, y su sonrisa triunfa sobre la gravedad del estrado.

EL IMPACTO DE SORIA

La Real Academia Española, como es sabido, acepta el vocablo «impacto» como «choque de un proyectil en el blanco». Y en segunda acepción, «huella o señal que en él deja». Esto es todo cuanto se puede decir de esta palabreja, que se ha trasegado con tan rara fortuna. El eufemismo terminará incorporando al diccionario una nueva intención semántica. Estoy seguro de que don Antonio no la hubiera aceptado, pero lo cierto es que Soria *impactó* sucesivamente a Gustavo Adolfo Bécquer, a Antonio Machado cuando fue destinado allí como profesor de Francés y a Gerardo Diego. Allí estaban y allí siguen los *álamos de la ribera*, los *chopos del camino alto* con sus hojas parpadeantes. Bécquer ante Soria se muestra más narrador que poeta, pero la siente hasta tal punto, que el claustro de San Juan de Duero no le dejaría dormir mientras en su mente se iba fraguando la realización de su obra «Los templos de España». Es curioso que en nuestro poeta Gerardo Diego coincidan cuatro definitivas fatalidades con el autor de *Campos de Castilla*: ejercicio docente, vocación poética, amor a la ciudad y designio académico. Soria es como una vocación soterrada de belleza que espera en cualquier momento la llegada del poeta. Antonio Machado encontró en Soria su gran amor que influyó poderosamente en su obra. Se diría que Soria es una ciudad predestinada. Su quietud oferente, la majestad caminante del padre Duero, sus piedras doradas y cargadas de historia, la nobleza de sus doce linajes, ese rumor de cangilón goteante que encadena y rima venturosamente Soria con noria, vuelta a vivir con vuelta a empezar en un delirio interminable, en una sucesión que sólo el tiempo es capaz de coordinar a ritmo de rueda; esa ciudad necesitaba la voz de un poeta. Seguramente empieza a estar demostrado, y no tan tarde, sino a partir de esa vigorosa genera-

ción del noventa y ocho, que Castilla es esa madre plural e insobornable de mano ruda y continente provento a la que se venera en medio de una adoración que tiene sus puntos principales de apoyo en su insigne capacidad ascética y en la amplitud de sus horizontes. Algo hay que nos complica de un modo directo con Dios, con la naturaleza, cuando ésta es pródiga en luz y no nos distancia de la realidad sino que nos hace cómplices de ella de una manera irrevocable. Esa es la Castilla que esperaba recibir a un poeta único, inconfundible, que iba a corretearla incansablemente irradiando los puntos cardinales, desde una encendida rosa de los vientos, con la contera plateada de su bastón. Su bastón y su dedo índice han sido un palpo casi lascivo que zurcía, al tacto de su yema, ese torzal maravilloso de luz donde un cabo es el oriente y el otro el punto occíduo del sol. Antonio Machado era ese gran poeta que Soria necesitaba para ponerle nombre a sus anónimos rumores, para sacar de quicio el agua que besaba asiduamente las raíces de esos álamos que ahora están custodiando en vigilante centinela el parador de su nombre. Ahí están los caminos de Antonio Machado hacia San Satorio con cuatro cuadrilongas piedras dormidas en un recodo, según se va a la ermita, que no se sabe si son cuatro estaciones o cuatro huellas fosilizadas de la más perfecta y sentida de las pasiones líricas que un hombre sencillo haya podido experimentar. Ahora Soria es en su conjunto la cristalización de las anhelaciones del poeta, de la misma manera que fue escenario temporal de los otros dos grandes vates: Gustavo Adolfo Bécquer, tan recordado, tan «vivido», y mi querido amigo y maestro Gerardo Diego. De cada uno de ellos he sido biógrafo, incondicional a la admiración y a la verdad, y sobre las piedras y bajo su cielo me ha cabido la suerte de poder reconstituir la tragedia de Noviercas que destruyó la vida del poeta de las «Rimas», los irreversibles caminos de Antonio, que se iban haciendo al andar en un tránsito sin posible retorno y ese paisaje de Castilla abierta que se rompía en añicos en el agua de la matinal palangana ante la pupila estupefacta de un poeta creacionista llamado Gerardo Diego.

Dos cosas hay por las que yo he sentido una devoción incomparable. Dos objetos íntimos de mi viejo profesor de francés que yo hubiera querido conservar como prueba delatora de la más viva de mis emociones de niño: el bastón y los viejos zapatones de don Antonio. El bastón parece enervar de un modo genérico una idea de autoridad, de madurez, de personalidad. El bastón es en cierto modo una versión del cetro y de la garrocha. Ley y dominio. Timón y aguja de marear. El bastón de don Antonio fue un arma pacífica

de seducción y un íntimo apoyo que él necesitaba, hito por hito, para seguir abriendo caminos a su curiosidad y a su fantasía. Aquella contera se había arrastrado por las polvorientas sendas que antes habían sobrevolado los pájaros y festoneado en la noche las luciérnagas. Sus viejos zapatones gastados por el tacón, desportillados por el contrafuerte, habían estado en todas partes, tranquilos y sin prisas pero andariegos y desjarretados de tanto anhelar en curiosa complicidad con un tiempo que nunca se acababa, porque para un filósofo socrático y tranquilo el tiempo casi es lo de menos precisamente por eso de ser lo de más. Esos zapatos se acurrucaban bajo los veladores de mármol del café al paio de su armazón de hierro, para evitar los pisotones de los más inquietos, chirles o no chirles, que eran capaces de llevar la contra al mismísimo San Saturno, en el Casino o en la rebotica. Don Antonio sabía escuchar muy bien, casi tanto como sabía contemplar y devorar luces y horizontes. Qué ojos los suyos para quedarse, en una mirada, con toda el alma de Castilla, desnuda, inerme, derramada a lo ancho de sus campos casi sin pudor y casi sin rubor. Los álamos, esos álamos erguidos, que eran escolta cotidiana de las nobles «correrías» de un poeta no resignado sino sometido al imperio de sus leyes ascéticas.

En 1919 recalca en Segovia. El Alcázar semeja una nave fantástica que termina varando en la costumbre. San Quirce acaba siendo la universidad popular asentada sobre contrafuertes románicos. Tomando el vagón de tercera ya es fácil escapar a Madrid. En Madrid, donde Valle-Inclán pierde un brazo, por no darlo a torcer.

AÑOS TREINTA

Traigo aquí a colación la forma en que conocí a don Antonio Machado. En 1932 Machado ejerce su cátedra de Francés en el Instituto de Segunda Enseñanza «Calderón de la Barca». Reproduzco unos párrafos alusivos a mi encuentro con él dos años más tarde:

«En 1934 yo tenía once años y una gran confianza en mi fonética francesa. Por eso, cuando don Antonio Machado me hizo abrir el *Pérrler*, segundo Curso, y me oyó enunciar los verbos irregulares, me dijo:

—Tiene usted buen acento para ser andaluz.

El tenía un buen acento andaluz para ser catedrático de francés. Pese a mi personal insignificancia me llamaba de usted, haciendo uso de un hábito profesoral que no resultaba para mí muy alentador. El elogio no era excesivo, pero yo correspondí con un *merci bien*,

mientras reparaba en los estragos que había hecho en su traje la ceniza del cigarrillo, contribuyendo a la exacerbación de su «torpe alíño indumentario». Don Antonio estaba rígido, inmóvil, con sus manos entrelazadas y su gesto blando y bonancible. El texto de mi traducción se titulaba «La terre». Qué bien le salía esa «è» abierta a aquel docto Mairena que decía que Bergson era un tuno y que acababa de preguntarme si yo le tocaba algo al obispo Gerónimo Manrique de Lara, mejor conocido que por obispo, por su mecenazgo en favor de Lope de Vega. Yo leí el texto francés con una entonación pastosa heredada del padre Bruno, hombre muy devoto de San Pompilio María de Pirrotti, y estaba un poco obsesionado por aquel cuello alto y anacrónico que servía como útil valladar a sus ya mórbidos alifafes, y por aquella corbata negra tan resignada a un ambiente de flotadoras pavesas, con su ancho nudo sesgado hacia la izquierda como si fuera un corazón, como el suyo tan liberal, cuyo cayado aórtico iba ahorcando en silencio su maquinal tristeza.

—*La terre est si grande que l'irregularité du terrain ne l'empêche pas d'être ronde.*

Y don Antonio apostillaba en los puntos y aparte:

— *Très bien, très bien, mon ami.*

Y una Sevilla zumbona, remota y resonante, aunque ligeramente afrancesada por las circunstancias, engastaba la voz de un profesor sin reto ni postura doctoral, que cualquier cosa podría parecerme que no fuese un hombre de irrevocables decisiones.»

DEFINICIÓN URGENTE DE SU MENTALIDAD

Esa frente ancha y despejada que yo contemplé en mi infancia como tratando de adivinar cuáles eran los verdaderos resortes que servían para mejor pronunciar la lengua de Molière, estaba ocupada por dentro por los dictados del pensamiento de Bergson y por lo que podía inferirse de cuanto apócrifamente hablaba Mairena, y por ese terciar, más o menos solapadamente, en la rebotica. Machado nadaba y guardaba la ropa, como hacen los clásicos, tomando de la vida cuanto conviene y echándolo en los viejos odres que todo lo enriquecen. Para eso estaba su bastón, para no dar palos de ciego. Y esa cautela tal vez le definía en su manera de ser porque Machado era como un ciego que buscaba a Dios por todas las esquinas pero al que siempre le daban esquinazo. De que Machado es un clásico por su afición al ágora, por su manera de comportarse, de conversar y de pensar, por su asepsia intelectual y por sus pudí-

bundeces lingüísticas, tenemos la prueba en sus magníficas prosas ahora felizmente resurrectas por Aurora de Albornoz. Clásico a su manera, con su modo de decir, con sus manías semánticas como el «bueno de don Miguel» a quien tanto admiraba. Quizá sea conveniente algún día tratar de esclarecer si esa afición filológica era la que sostenía los principales puntos de referencia de su identificación y de su amistad. Quizá había otra razón mucho más honda, que era lo perseverantes que fueron uno y otro en la búsqueda de Dios. Machado era lo contrario de esos emperejilados cínicos intelectuales que tratan de persuadir con sus alharacas y la pirotecnia verbal de sus especulaciones. Le gustaba hablar muy claro y, en su fidelidad a la tradición clásica, yo le tengo por un renovador dentro de las mismas estructuras; por un neoclásico con toda la galanura que comporta el llevar al lenguaje y al pensamiento una nueva savia de reposada y reflexiva actitud filosófica. Le horrorizaban los pedantes, *los pedantones al paño* como él les llamaba, le horrorizaban también en cierto modo las innovaciones no sujetas a disciplina. Pero era absolutamente individual y personal en su modo de producirse. Todavía no se han estudiado los neologismos de Machado, algunos de ellos de invención gratuita y caprichosa. Todavía no se ha estudiado tampoco el sesgo liberal de su criterio limpio, institucionista, honesto hasta la saciedad y con un sentido de estricta y rigurosa justicia. Machado, mucho menos sofista que Unamuno, y por lo tanto mucho más razonador y más convincente con la perspectiva del tiempo, se queda en nosotros más allá de la propia naturaleza del mito. Pocas razones habrá más justas que las que hayan servido para mitificar la memoria de Machado. Hoy por hoy no solamente es el poeta que representa una época determinada, sino que ampara como bandera estética el pensamiento de una juventud inquieta que quiere, admira y respeta su memoria. Los mitos conquistan la supervivencia cuando el tiempo, la insidia, la cobardía, no han sido capaces de destruirlos. Si perduran, es que tienen razón de ser, si subsisten es que se incorporan a nuestra tradición y a nuestra cultura por la puerta grande.

La diferencia que puede existir entre símbolo y mito para que nosotros tratemos aquí de elucidar ambos conceptos, queda perfectamente clara en estos dos ejemplos. Machado es un símbolo más que un mito, porque el mito parece admitir una cierta peyoración. Ahora se estila mucho, desde un punto de vista intelectual, la revisión de valores y uno de los verbos que están más en boga es precisamente el de desmitificar. Pero no es éste el caso de Machado porque los símbolos son inamovibles.

Parece que cuando un poeta se decide a ensalzar la memoria de otro poeta, en cálido y ferviente homenaje de admiración, es porque existen unas firmes razones que así lo aconsejan, razones cuyas raíces no pueden detectarse. Si yo me viese en la necesidad de escoger un poeta que tuviese que servirme como punto de total identificación estableciendo un puente entre la tradición clásica y las nuevas corrientes de la fecunda generación del 27, tendría forzosamente que escoger a Antonio Machado, pero por si esto fuera poco, las circunstancias humanas que en él concurren me obligan a participar en el ejemplo de su vida y de su muerte de una manera activa y premeditada. Solamente por su grandeza de ánimo, por su hombría y por su categoría humana, Antonio Machado mereció la inmortalidad.

Los últimos instantes del poeta nos convencen del hecho heroico de su predestinación. Recordemos los días en que su hermano Manuel, tan marchoso, y la discreta Eulalia Cáceres, su mujer, han salido para Barcelona. Antonio se encamina a Valencia. Primero, Rocafort, Villa Amparo y siempre Ana Ruiz, su madre, en el último tramo hacia la muerte. El frío, la lluvia, un vagón solitario en vía muerta y, por fin, la frontera, asido ya al ropaje hediondo de la muerte como último recurso hasta quedar en su dominio «casi desnudo como los hijos de la mar». En el hotel Buñol-Quintana, una sábana amordaza el cansancio de un hombre sin orillas y dos días después muere Ana Ruiz. Era imposible sobrevivir al poeta. Con su desaliño, con su falta de prisa, con su mirada entre socarrona y amistosa, con su deseo de enraizarse y de sentir a España hasta en la médula de los huesos y completamente opuesto a aceptar en silencio toda traición y toda decepción, Antonio Machado, el gran poeta de España, muere sin saber apenas si esa muerte acontece en el pasmo de su propia imaginación.

JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA

Carretas, 14
MADRID-12

TEXTOS CONSULTADOS

GOMEZ BURON, Joaquín: *Exilio y muerte de Antonio Machado*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1975.

LUIS, Leopoldo de: *Antonio Machado, ejemplo y lección*, S. G. E. L., Colección «Clásicos y Modernos», Madrid, 1975.

- VALVERDE, José María: «Antonio Machado». Siglo veintiuno de España, editores, S. A., Madrid, 1975.
- ROIG, Rosendo: «Antonio Machado. El español integral en cuatro tiempos», *Razón y Fe*, núm. 927, Madrid, 1975, pp. 333-344.
- GABRIEL Y GALAN, José Antonio: «La segunda vida de Antonio Machado», *Europeo*, Madrid, 1 de marzo de 1975.
- RODRIGUEZ PUERTOLAS, Julio: «Machado: bondad y drama de España». *Europeo*, Madrid, 1 de marzo de 1975.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel: «Antonio Machado, hombre de su tiempo». *Europeo*, Madrid, 1 de marzo de 1975.
- ASIS, María Dolores de: «Las voces de Antonio Machado, Ya, Madrid, 9 de marzo de 1975.
- ALFAYA, Javier: «Machado vivo y muerto», *Europeo*, 14 de junio de 1975.
- ALBORNOZ, Aurora de: «Antonio Machado: Homenaje», *Triunfo*, núm. 652, Madrid, 29 de marzo de 1975.
- REJANO, Juan: «Antonio Machado: última imagen», *Triunfo*, núm. 654, Madrid, 12 de abril de 1975.